

## VIAJE A TERRITORIOS ANDINOS

Ezequiel Maldonado<sup>1</sup>



**En** pleno invierno sudamericano, a finales de agosto de 2005, viajamos de Cuzco a La Raya, estación de experimentación que alberga a camélidos andinos y centro comercial indígena. Con sus 4,300 metros sobre el nivel del mar, La Raya es la población más elevada del trayecto Cuzco-Puno y excelente mirador del valle interandino y del nevado. De La Raya fuimos directamente a Sicuani, población mayormente comercial, y de ahí a Maranganí, donde el Instituto Veterinario de Investigaciones Tropicales y de Altura-IVITA administra un centro experimental y alberga a estudiantes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en prácticas de campo. Ahí recibimos albergue para visitar la mayor zona alpaquera y llamera de los Andes centrales.

Meses de intercambio epistolar entre la UAM-A y la Universidad de San Marcos, vía el Dr. Miguel A. Ara, cristalizaban con nuestro arribo. Gracias a estas instituciones podíamos avanzar en la elaboración de reportajes —foto y texto— que ofreciesen un panorama de estos pueblos y la cultura de los pastores andinos y sus camélidos: alpaca, llama y vicuña. En la cálida y gélida Maranganí, en el Centro Experimental de IVITA, diseñaron nuestro itinerario para doce días: Kotsakota,

Kenamari, Chirigua, La Raya, Santa Rosa, Nuñoa, Macusani, Ayaviri, Corani: poblaciones de quechua hablantes, principalmente agricultores y pastores de camélidos. Gracias a nuestro chofer y traductor, el señor Salomón Vilca, pudimos penetrar a estos territorios en una Nissan de doble cabina y atisbar en un universo similar al prehispánico y anterior, en apariencia.

Nuestra capacidad de asombro fue ilimitada ante los extraños y desolados paisajes, con fríos extremos como en Macusani, de seis a doce grados bajo cero en las madrugadas, y alturas de los 4 mil cien a los 5 mil metros sobre el nivel del mar, región denominada Paramosólica: una magra vegetación de pastizales como el ichu, principal manjar de los camélidos, y pequeños lagos y lagunas, bofedales, claves para la sobrevivencia de hombres y animales, que se han formado del escurrimiento de los gigantescos nevados, y diversas plantas cactáceas como las yaretas, las puyas de Raimondi.

### La puna andina

El arribo a la feria ganadera de Ayaviri fue fascinante: si bien en las alturas de la puna logramos captar imágenes de cientos de llamas y alpacas, sobre todo, fue esa feria un verdadero festín para nuestra labor: fotografiamos auténticas bellezas, ejemplares ganadores de concurso, camélidos genéticamente puros. Ahí vimos a la célebre y codiciada alpaca Suri blanca, con su enorme pelambre, su fina y sedosa lana; a la alpaca Huacaya, más rústica y resistente; a magníficos y altivos ejemplares de llamas: sus enormes y redondos ojos, sus abundantes pestañas, sus labios velludos; y a las tímidas y, a la vez, agresivas vicuñas: con su color leonado y una fina lana que ha sido comparada con la seda. Fotos de frente, de perfil, de cuerpo entero, *close up* de cabeza y orejas, de unos bellos ojos que reflejaban nuestra imagen. Las fotografiamos echadas, en reposo, comiendo pastura. Quedamos exhaustos. Pareciera que ya no habría camélido captado capaz de añadir algo distinto a lo apreciado en Ayaviri. Fue una compulsiva sesión de imágenes.

En nuestro periplo por la puna andina convivimos con grupos de pastores que viven su cultura propia. Nos dirigimos a la población de Corani que, según un informe de Macusani, es la población más pobre de la zona: muy

<sup>1</sup>En este viaje participaron también la doctora Angélica Aranguren Paz y el fotógrafo José Rodríguez M.



pobre entre pobres. En el trayecto encontramos a pastores de camélidos en genuino festejo de la puna andina, de la marcación del ganado camélido, en Yurai Cancha o Cancha Blanca: pintaron y asaetearon a llamas y alpacas, les colocaron aretes en las orejas, las cubrieron con mantas simbólicas. Vimos sus ofrendas a la Pachamama y nos hicieron partícipes de su ritual: masticamos coca y a cambio ofrecimos yipta. Florencio Vega Pari nos convidó trago fuerte. Nos permitieron tomar fotos a plenitud, tanto del festejo como de alpacas y llamas.

La festividad de Maranganí refulgió la noche del 28 de agosto: un penetrante olor revela la quema de chamiza que purificará a concurrentes y su festejo. En el cerro que domina el poblado, añejos fulgores se hacen presentes; en el Apu principal han prendido un mensaje: “Viva Maranganí”. La luminosidad es muy especial y se percibe a varios kilómetros a la redonda. En la madrugada han seguido los festejos y por la mañana y más tarde destaca el evento principal: un locutor mestizo evidencia el sojuzgamiento o el predominio de unos cuantos hacia la





población mayoritariamente indígena. Describe las magnificencias de los escolares marchantes, narra las acrobacias de bailarinas y danzantes, corea la diversa música, presenta a autoridades y funcionarios de la zona, todo en castellano, el idioma oficial. No importa que la mayoría de los presentes, escolares, músicos, bailarinas y danzantes, funcionarios, fuesen hablantes quechuas. No importa que la concurrencia fuese quechua y, tal vez, aymara, y menos importa que muchas mujeres fuesen monolingües y no entendieran las maravillas que anuncia un locutor profesional que jamás utilizó una palabra, un

giro, un vocablo, de la lengua quechua. Jamás mencionó a la presencia indígena como autora y personaje primordial del festejo, motora del comercio y de la producción en Maranganí, Sicuani, Ayaviri. ¿Para qué sirve la lengua quechua? Para comunicarse en casa, en el mercado, en la plaza, en las calles aledañas, en la cotidianeidad. Y si se habla en voz baja, mejor.

El final del festejo oficial tiene lugar hacia las 6:30 de la tarde-noche. En una calle lateral de la plaza principal, casi en penumbras, grupos de indígenas y campesinos conviven, platican. Beben chicha, cerveza, trago fuerte. Un grupo de músicos ameniza el festejo con tambora y tarola y el tradicional e incaico sonido de la quena armoniza a los otros dos. Waynos, tinkus y ayaviris se suceden sin pausa alguna, excepto para echarse un trago. Es la fiesta popular, al margen de la oficial. Permanecen en la oscuridad, sentados en la banquetta, parados, acucillados. No les han ofrecido ni agua, sólo discursos que no han entendido. Seguramente hay un mayordomo en este festejo. Nos han llamado a los forasteros y sólo los hemos saludado. Caminamos ya en plena oscuridad y escuchamos los acordes de los tinkus y el baile generalizado en la noche-noche. ☐



**Ezequiel Maldonado.** Sociólogo mexicano, es profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.